



Dos rumanos duermen dentro de una cabina telefónica.
JESÚS GABALDÓN

UN FRANCOOTIRADOR EN LA PLAZA DEL VATICANO

Pietro se dedicó a volar cabezas durante años. Ahora pernocta a pocos metros de la plaza de San Pedro, pero ni así ha conseguido la llave que lo saque de su infierno. No es el único. La plaza romana donde se encuentra el Vaticano es un lugar de locos
POR MÓNICA BERNABÉ (ROMA)

Pietro cierra un ojo como si mirara a través del visor, apunta durante un instante y... ¡bum!, dispara. Instintivamente desplaza los hombros hacia atrás, como impulsados por el impacto. Lo escenifica tan bien que parece que tiene realmente un fusil entre las manos y que acaba de volar la cabeza a alguien.

Es lo que hizo una y otra vez durante un año en Kosovo y dos más en Afganistán como francotirador del ejército de Polonia. Ahora está en la plaza de San Pedro, en el Vaticano. Es uno de la decena de polacos totalmente alcoholizados que duermen cada noche bajo uno de los soportales de la avenida de la Conciliazione, los que se encuentran en el acceso a la oficina de prensa de la Santa Sede. Por allí pasan cada día miles de turistas y acuden docenas de periodistas. Todos con la vista puesta en el infinito, sin mirar lo evidente.

«Piotr. Nacido en 1967», dice exactamente el documento de identidad del francotirador, y no el nombre de Pietro con el que él se presenta. En la fotografía del carné aparece con la cabeza completamente rapada y posado serio. «Me gustaría explicar todo lo que me ocurrió en Afganistán», murmura, «pero el ejército polaco no te permite hablar». Por eso, justifica, se echó a andar. Se hizo peregrino para no pensar en la carcoma que lleva dentro. Pero ni en las puertas de la plaza de San Pedro ha conseguido la llave que lo saque de ese infierno.

Cada noche en los alrededores de la plaza del Vaticano duermen al menos medio centenar de personas que, como Pietro, descendieron al abismo y ahí siguen. Ni la considerada misericordia del Papa Francisco, ni el hecho de que la plaza de San Pedro sea uno de los lugares más visitados del mundo, parecen servir de mucho. Porque ya no se trata de ser pobre, sino de que no se te vaya la cabeza.

Paula se acomoda en cuanto anochece en una silla de plástico junto a una de las cabinas telefónicas que hay en la calle Corridorí, a pocos metros de las columnatas de la plaza del Vaticano. Es una mujer regordeta, de mediana edad, que afirma ser del sur de la provincia de Buenos Aires. Cuando se habla con ella, parece cuerda. «Llevo seis meses en Italia. Vine a buscar trabajo, pero todo está bien emplomado», relata. Vamos, que no hay manera de encontrar empleo.

Paula está allí, junto al teléfono, con el auricular en la mano durante horas. «Hablo con la familia en Argentina. Llamo por la noche porque me sale más barato», argumenta. Pero en realidad no conversa con nadie. «El primero de julio de 1975, 25, 26, 27, 28, 29...», repite la mujer como una autómatas en una enumeración sin fin, en la que sólo su mente sabrá qué cuenta.

A pocos metros, un joven escuálido de poco más de veinte años, con barba rala y pantalones de chándal desaliñados, mueve los brazos como si cazara moscas. Se

llama Joe y es de California. Es lo poco que se le puede sacar en claro. Se muestra huidizo, y no habla ni una palabra de italiano. Sólo inglés.

«El confin entre problema social y salud mental es difícil de delimitar», declara Angelina di Prinzio, responsable del Servicio de Emergencias del Ayuntamiento de Roma. Porque ¿quién se queda sin casa y no pierde la chaveta? Y una vez loco, ya es casi imposible salir del pozo.

La representante municipal recuerda también que Italia aprobó en 1978 la Ley 180, también conocida como *Ley Basaglia*, en alusión al psiquiatra italiano Franco Basaglia, que promovió esta legislación y un movimiento intelectual y político en el país que se oponía al internamiento de enfer-

mos mentales en contra de su voluntad. «Se les podría forzar a someterse a un tratamiento sanitario obligatorio, pero sólo si su situación pusiera en riesgo su vida o la de otros», aclara la encargada del Servicio de Emergencias, en referencia a las personas con trastorno mental que pernoctan en los alrededores del Vaticano.

Giampiero di Leo, presidente de la Federación de Comunidades Terapéuticas y Psiquiátricas del Centro de Italia, lo dice con otras palabras: «Sólo se les podría ayudar si cometen un delito o pierden el conocimiento». En definitiva, Pietro debería liarse a tiros o caer en coma etílico. «Con la escasez de recursos que hay, el servicio de salud mental se limita a atender a las personas que realmente tienen po-

sibilidades de reintegrarse a la sociedad», añade Di Leo. Y no parece que sean precisamente aquellas que duermen al raso.

«Tenemos ocho unidades móviles de atención en la calle: seis diurnas y dos nocturnas», sigue detallando la responsable municipal. Eso para todo tipo de emergencias de la capital italiana, no sólo para la indigencia. Unas 8.000 personas carecen de un lugar donde dormir en Roma, según cálculos de Cáritas y la Comunidad de Saint Egidio. El Ayuntamiento reduce esa cifra a unas 1.400 apenas.

El Vaticano ha habilitado este año tres duchas y una barbería bajo la columnata de la plaza de San Pedro para las personas sin recursos. Las duchas abren a las siete de la mañana, y a esa hora ya hay una docena de personas que esperan para entrar, organizando ellas mismas los turnos para ducharse, escribiendo sus nombres en un papel por orden de llegada. «A veces te apuntas en la lista a las ocho de la mañana, y te toca ducharte a las dos de la tarde», lamenta Helmut, un italiano con nombre alemán, originario de Ferrara, que se man-

tiene cuerdo aunque la crisis le jugó una mala pasada: perdió el trabajo, después a su esposa, la casa y todo. Hace tres meses que está en la calle. «En realidad tres duchas no son casi nada», masculla.

Helmut también cuenta con un bono para poder almorzar cada día en un comedor social de la Iglesia. «Vas al limosnero apostólico, le explicas tu historia, y te lo da», resume, dando a entender que resulta relativamente fácil conseguirlo. De hecho, Alberto Farneti, encargado de un centro de acogida de Cáritas en la ciudad, admite que difícilmente una persona se moriría de hambre en la capital italiana. Caridad no falta. Otra cosa es salir del agujero. «Para empezar, faltan camas y así es difícil que una persona consiga estabilidad», expone.

«Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísimo, porque muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua». Así, con el término «lunático», se define a los locos en la Biblia. El limosnero apostólico, el sacerdote polaco Komrad Krajewski, se niega a hacer declaraciones. «No dis-



El francotirador Pietro. J. GABALDÓN



Un ciudadano polaco duerme -sobre estas líneas- en los soportales de la avenida Conciliazione, cerca de la catedral de San Pedro. JESÚS GABALDÓN

pongo de tiempo, tengo que estar con los pobres», se excusa. El padre Federico Lombardi, jefe de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, también se muestra vago en su respuesta. Menciona las duchas y la barbería, admite que el Vaticano trabaja en la apertura de un dormitorio para los pobres, añade que la solución para los enfermos mentales debe ser «acercarse a ellos, ofrecerles atención personal», pero que, a la postre, las personas que pernoctan en los alrededores de la plaza de San Pedro «no están en territorio Vaticano». Es cierto. En términos estrictos, dentro del Vaticano no hay ni un pobre, ni un loco. El acceso a la plaza está prohibido en cuanto anochece. Se cierra la entrada con vallas.

Desde que Jorge Mario Bergoglio es pontífice, se ha reunido en repetidas ocasiones con pobres en Roma, y los ha invitado a todo tipo de eventos: almuerzos, conciertos o incluso una excursión a Turín, en el norte de Italia, para ver el Santo

Sudario. «Yo he estado con el Papa», afirma con cierto orgullo Casimiro, un polaco con los brazos tatuados que, como Pietro, duerme bajo los soportales de la avenida de la Conciliazione y está totalmente borracho. «La familia es lo más grande del mundo, y yo la he perdido», es lo primero que suelta si se le dirige la palabra. Cuando se le pregunta qué le dijo el pontífice cuando lo vio, se queda pensativo primero, y después le cuesta pronunciar, como si fuera un tartamudo a quien no le salen las palabras. Al final vomita: «No me acuerdo».

«En Italia, la Iglesia nunca ha tenido un hospital psiquiátrico», asegura el presidente de la Federación de Comunidades Terapéuticas y Psiquiátricas del Centro de Italia. «Hay muchas personas con trastorno mental que se creen Jesucristo, y a ver cómo lidian con eso», desta-

MEDIO CENTENAR DE PERSONAS CON TRASTORNOS MENTALES DUERME CADA NOCHE JUNTO A LA PLAZA DE SAN PEDRO DE ROMA

ca. «Esta plaza la protegen siempre los ángeles», sostiene Alessio, otro joven italiano que duerme en los alrededores de la plaza de San Pedro. La plaza, sin duda, vigilada está. Hay cámaras de seguridad por todas partes. Alessio luce barba larga y cabello al estilo de Jesucristo, y aprovecha cualquier ocasión para leer los diez mandamientos con voz grave.

Paulina, una monja de Tanzania que colgó el hábito hace cuatro años, lleva nueve meses en la plaza del Vaticano. Duerme bajo la columnata, y allí, estirada en el suelo, se pasa también buena parte del día, cubierta con una manta, y al lado de una maleta, una foto de Cristo, y otra del Papa. «He venido aquí porque tengo una misión. Sentí una llamada interna», es lo único que explica.

A las tres de la madrugada, por fin, la plaza de San Pedro queda totalmente en paz. Ya no circulan vehículos, ni acuden más turistas a hacerse *selfies* ante la basílica. Se oyen los grillos cantar y el agua de las fuentes correr. Pero la calma dura poco: a las cuatro de la mañana, ya abre el primer quiosco. A las cinco, Paula suelta por fin el auricular y se aleja de la cabina telefónica, donde ha estado con su infinito contar desde las diez de la noche. Algunos indigentes se desperezan y van a orinar detrás de algún contenedor de la basura o contra una cabina telefónica, porque hay lavabos en las duchas del Vaticano pero no abren hasta las siete. A las seis y media de la mañana, ya entra el primer grupo de turistas en la plaza de San Pedro, y la tranquilidad que había puesto el foco obscenamente en los lunáticos se diluye con el trajín de la gente y, con ella, la locura.



Estudiantes egipcias durante una protesta en la Universidad de El Cairo. REUTERS

RELIGIÓN ALEGAN QUE DIFICULTA LA COMUNICACIÓN

VETO AL 'NIQAB' EN LAS AULAS EGIPCIAS

Demandarán al rector de la Universidad de El Cairo por prohibir a las profesoras su uso

FRANCISCO CARRIÓN EL CAIRO

Las aulas de la Universidad de El Cairo, el escenario desde donde, en junio de 2009, el estadounidense Barack Obama ofreció «un nuevo comienzo» en las relaciones entre Occidente y el islam, han inaugurado curso enredadas en las cuitas religiosas. Hace una semana la institución, fundada en 1908 como faro del saber secular, prohibió entre las profesoras el uso del *niqab*, la prenda que oculta todo el cuerpo de la mujer salvo los ojos. Y estalló la polémica. «Es un derecho constitucional que la mujer se vista como desee. El *niqab* no perjudica a nadie», señala a EL MUNDO Ahmed Mahran, el abogado que representa a 33 de las docentes afectadas por la norma. Su bufete prepara una demanda contra el rector de la universidad Gaber Naser, quien en unas recientes declaraciones a AP reconoció que, aunque el *niqab* no es un «fenómeno» extendido en las aulas, quiere «curar la enfermedad» antes de que se propague.

La controvertida medida establece que «no está permitido impartir clases teóricas y prácticas o permanecer en los laboratorios mientras se lleva puesto el *niqab*». Los defensores de la nueva cláusula alegan que la indumentaria -cuyo uso propugna el islam más rigorista- dificulta la comunicación con los alumnos y entorpece el proceso educativo, especialmente, en materias relacionadas

con los idiomas. Según el rector, fueron las quejas de los universitarios las que propiciaron una prohibición limitada al personal docente durante sus horas de clase. «Sólo estamos regulando su uso», apunta el máximo responsable de la universidad. Pese a que el *hiyab* (pañuelo islámico) sigue siendo la prenda mayoritaria entre las mujeres egipcias, el *niqab* ha ganado terreno en la última década alimentado por la influencia en mezquitas y canales de televisión de los predicadores salafistas (ultraconservadores) y una revolución silenciosa que ha convertido el recato en obsesión.

Consultadas por este diario, las perjudicadas por el reglamento han declinado hacer declaraciones. «Algunas se han quitado el

«ES UN DERECHO QUE LA MUJER SE VISTA COMO DESEE», DICE EL ABOGADO DE 33 DOCENTES QUE SE Oponen A LA MEDIDA

niqab esperando el veredicto del juez y las que se resisten han dejado de dar clases. No quieren hablar porque tienen miedo», apunta su letrado.

La polémica ha terminado saltando al debate público. «Todas las decisiones que se basen en negar el uso del *niqab* deben ser rechazadas. Son resoluciones contrarias al artículo de la constitución que señala que la fuente de jurisprudencia son los principios de la *sharia* (ley islámica)», indica a es-

te diario Taman al Banna, un dirigente cairota de Al Nur, un partido salafista próximo al presidente Abdelfatah al Sisi y la única formación islamista que sobrevivió a la feroz represión que inauguró el golpe de Estado de julio de 2013. Conscientes de la oposición que suscita el veto, los rectores de otras universidades públicas del país más poblado del mundo árabe han rehusado secundarlo. «Las *munaqaba* (mujeres con *niqab*) sufrimos este tipo de discriminación en las instituciones gubernamentales, en las escuelas privadas o en el transporte público», relata Asmaa, una cuarentona que lleva varias décadas sepultada bajo las telas de la prenda de la discordia. «La prohibición en la universidad es inaceptable. Nuestra religión dice que es obligatorio su uso y ni la libertad que ellos alegan lo puede negar», agrega.

En vísperas de unas descafeinadas elecciones parlamentarias -en las que las usuarias del *niqab* tendrán que mostrar el rostro a una funcionaria para ejercer su derecho al voto- el conflicto tiene parte de *déjà vu*. En 2009, en las postimerías de la dictadura de Hosni Mubarak, la Universidad de El Cairo desterró por decreto el *niqab* de las facultades y las residencias. La medida, que afectó por igual a profesoras y alumnas, fue revocada por un tribunal administrativo de la capital tras el recurso de una docente. «Si Dios quiere, volveremos a ganar la batalla. La corte reconocerá, como ya lo hizo entonces, que esta prenda no va en contra de las costumbres y tradiciones del pueblo egipcio», pronostica Mahran.